

# La ciudad americana: mitos, espacios y control social

Salvador Bernabéu y Consuelo Varela  
(coords.)

DOCE  CALLES



LA CIUDAD AMERICANA: MITOS,  
ESPACIOS Y CONTROL SOCIAL

Salvador Bernabéu y Consuelo Varela (coords.)

EDICIONES DOCE CALLES

## SUMARIO

	<i>Páginas</i>
Salvador Bernabéu y Consuelo Varela: Presentación . . . . .	11
Salvador Bernabéu: Ciudades americanas: una introducción . . . . .	13
Juan Gil: Pueblos perdidos, ciudades imaginarias . . . . .	27
Consuelo Varela: La Isabela, la primera ciudad europea en el Nuevo Mundo . . . . .	67
Carmen Mena García: Panamá: puerto y puerta de las Indias . . . . .	83
Berta Ares Queija: Lima Colonial (1535-1635): crisol de gentes, ¿crisol de culturas? . . . . .	115
Consuelo Varela: La Villa Imperial de Potosí. La Babilonia Americana	133
Salvador Bernabéu Albert y Justina Sarabia Viejo: México virreinal: poder, control social e impacto ilustrado . . . . .	149
Guadalupe de la Torre Villalpando: Orden público y demarcación del territorio de la ciudad de México . . . . .	181
José Enrique Sánchez Bohórquez: Instrumentos de control social y reordenamiento urbano en Santafé de Bogotá. Siglo XVIII . . . . .	209
Frédérique Langué: La blancura del color quebrado. Curiosos y curanderos en la Caracas del orden ilustrado . . . . .	229
Eduardo França Paiva y José Newton Coelho Meneses: Vila Rica de Ouro Preto en el siglo XVIII: Fronteras . . . . .	255
Emilio José Luque Azcona: Montevideo como centro de dominio y control territorial (1750-1800) . . . . .	275

## PRESENTACIÓN

El libro que ahora presentamos es uno de los resultados del proyecto de investigación «Las fronteras y sus ciudades: herencias, experiencias y mestizajes en los márgenes del Imperio Hispánico (siglos XVI-XVIII)», concedido por el Ministerio de Educación y Ciencia para el trienio 2007-2010 (HUM-2007-64126), cuyo principal objetivo es resaltar el papel de España como intermediaria cultural entre distintos mundos y culturas. Los integrantes del mismo, un equipo de especialistas de España, Francia, Argentina, Brasil y los Estados Unidos, nos planteamos situar las ciudades fronterizas en el centro del debate y la reflexión, abordando sus herencias e innovaciones, convencidos de que España protagonizó la mayor colonización urbana de un pueblo europeo en el mundo. Los frutos del mismo (este libro es complementario del coordinado por Salvador Bernabéu, *Poblar la inmensidad: sociedades, conflictividad y representación en los márgenes del Imperio Hispánico (s. XV-XIX)*, Barcelona-Madrid, Ediciones Rubeo-CSIC, 2010) analizan las ciudades americanas, multiculturales y plurilingües, desde una perspectiva amplia, y no sólo en el tiempo, pues estamos convencidos de que las urbes de la frontera americana fueron escenarios privilegiados de constantes retos y encuentros, con sus luces y sus sombras. Además, las investigaciones editadas en estos volúmenes ayudarán a abordar con mayor lucidez los problemas de nuestras actuales metrópolis, pues los fenómenos de globalización y de encuentro de culturas y religiones ya se plantearon con toda su complejidad y matices en las ciudades americanas de la Monarquía Católica. Sin duda, la atención hacia los procesos de mestizaje, la construcción de identidades y la acción de los *passeurs culturels* o mediadores culturales han permitido abordar tanto «las ciudades de la frontera» como «las fronteras de las ciudades» en busca de los intercambios, las resistencias y el papel de los actores históricos en la configuración de los mundos que heredaron, habitaron e imaginaron.

*Salvador Bernabéu y Consuelo Varela (EEHA, CSIC)*

## CIUDADES AMERICANAS: UNA INTRODUCCIÓN

Salvador Bernabéu  
Escuela de Estudios Hispano-Americanos, CSIC

1. El mundo español en América, y en menor medida el portugués, se concentró en las ciudades. Como han señalado varios autores, la gran empresa urbanizadora fue lo que singularizó y caracterizó la expansión hispánica en el Nuevo Mundo. En palabras de Manuel Lucena Giraldo: «el colosal proceso urbanizador acontecido en América entre 1492 y 1810 constituyó un fenómeno único en la historia de la humanidad por su densidad, equilibrio y continuidad en el tiempo».<sup>1</sup> Tras La Isabela, el primer asentamiento permanente del Nuevo Mundo, la reina Isabel la Católica encargó a Fray Nicolás de Ovando, primer gobernador real de La Española, en 1501, «facier algunas poblaciones» en la isla para que los cristianos que allí hubiera no vivieran «derramados». Un año después se fundó Santo Domingo y antes de una década los españoles habían levantado más de una docena de ciudades en diversas zonas del Caribe, de las cuales las más importantes y duraderas serían La Habana y San Juan de Puerto Rico.

Los nombres de los grandes conquistadores están unidos a una política poblacional de gran entidad, como Cortés (Veracruz, Tlaxcala, Cholula, México y Oaxaca) y Pizarro (Cuzco, Jauja, Trujillo, Arequipa, Huamanga y Lima). Sebastián de Belarcázar y sus seguidores fundaron no menos de veinte ciudades en la Nueva Granada (Colombia) y, en una lista interminable,

---

1 Lucena, 2005, 21.

habría que destacar a obispos y religiosos como Vasco de Quiroga en Michoacán, funcionarios como el marqués de Cañete en el Perú y empresarios particulares como José de Escandón, promotor de la red de ciudades del Nuevo Santander, ya en el siglo XVIII.<sup>2</sup>

El ímpetu fundador fue imparable, pues hacia 1580 había esparcidas por el continente unas 225 villas y ciudades, donde vivían alrededor de 150.000 habitantes. Cincuenta años más tarde (1630), el número de fundaciones se había elevado a 331. Estas cifras demuestran, sin ninguna duda, el papel otorgado a *la ciudad* por la Corona, como agente privilegiado de la dominación y el control del espacio americano. Una ciudad que definimos como aquella población constituida como corporación municipal o *municipium*, acepción que tenía su origen en la época romana, imperio acostumbrado a fundar ciudades como forma de imponer sus leyes, instituciones, costumbres y religión en los territorios que iban conquistando. Los núcleos urbanos poseían privilegios legales que no tenían los pueblos dependientes de ellos, como el derecho al autogobierno ejercido a través de un concejo municipal. Efectivamente, lo que los definía era el interés común o gobierno, más allá de su tamaño y de sus monumentos, o de si tuvieron, por concesión real, el título honorífico de ciudad.

Los monarcas, a la vez que otorgaban a los conquistadores indios en encomienda, los obligaban por ley a domiciliarse en una ciudad concreta, creando así un modelo dual de villas y haciendas (ciudad y campo) que se prolongaría hasta la independencia. La tradición mediterránea de vivir en ciudades —con raíces en Grecia y Roma— que consideraba la urbe como el único espacio civilizado sirvió para que los propios conquistadores, como ya vimos, se convirtieran en generosos fundadores. La Corona siempre alentó este proceso urbano, pues quiso que sus lejanos súbditos participaran activamente en la construcción política del gobierno de las urbes y en liderar el diseño de un orden social (familia patriarcal y derecho de la propiedad) que es considerado como esencial para la ocupación efectiva del espacio americano a largo plazo.

2. La ciudad americana fue una ciudad regulada: una comunidad de orden, justicia y fe, que hundía sus raíces en la concepción humanista y en el pensamiento cristiano, especialmente en la *Ciudad de Dios* de san Agustín. El modelo estaba ya generalizado en el Nuevo Mundo cuando fue consagrado por las ordenanzas de Felipe II de 1573: una plaza mayor en el centro, donde se situaban los principales edificios religiosos y civiles, rodeados por calles trazadas según el modelo reticular. Para gobernarla, se trasladaron a América los cargos municipales castellanos, aunque la lejanía de la Corona y las

---

2 Céspedes del Castillo, 1988,





Martínez Compañón, *Trujillo del Perú*, E. 98, siglo XVIII.

circunstancias americanas impusieron novedades.<sup>3</sup> Surgió, así, un mundo de negociaciones, olvidos y excepciones, una América virreinal rica y compleja, conocedora de las normas, pero holgazana en su cumplimiento, regida por alcaldes, regidores, corregidores, alguaciles, almotacenes, procuradores, etcétera, junto a los comerciantes, eclesiásticos, encomenderos, negros, mestizos e indios, que, desde la fundación de la primera ciudad del Nuevo Mundo, no dejaron de habitar las urbes a pesar de las leyes y ordenanzas que separaban la república de los españoles de la de los indios.<sup>4</sup>

El libro se abre con un capítulo dedicado a los «Pueblos perdidos, ciudades imaginarias», escrito por don Juan Gil Fernández, gran especialista en mitos y utopías del Descubrimiento, quien estudia el papel de las ciudades míticas como motores y metas en las exploraciones marítimas y terrestres de los españoles y lusitanos en las Indias Orientales y Occidentales. Su principal objetivo es la compilación y análisis de los «pueblos a los que se les confirió singular importancia, bien por sus riquezas infinitas, bien porque se supuso que su descubrimiento o aparición constituiría un hito trascendental en la historia del mundo». En primer lugar, el profesor Gil estudia los precedentes bíblicos y clásicos, como el paraíso, el infierno y los pueblos aislados por voluntad divina; para centrarse posteriormente en los «pueblos perdidos del Nuevo Mundo (de carácter legendario, los pueblos pobladores de América, los pueblos perdidos con cierto apoyo de la realidad histórica coetánea, los imperios recónditos de indios huidizos, etcétera). Esta amplia serie de urbes y lugares míticos es analizada desde diversos enfoques: los informantes, el emplazamiento, la extensión, el número de habitantes, el templo, la morada real y el hallazgo del oro. Las ciudades fantasmas fueron muy importantes en la conquista de América, dilatándose su rastro desde el primer viaje colombino hasta finales del setecientos, centuria en la que se busca, con intensidad, la ciudad de los Césares en la América austral.

3. Aunque el primer asentamiento hispano en el continente americano fue el malogrado fuerte Navidad, levantado por los marineros colombinos a finales de 1492 en la costa norte de la isla Española, le corresponde a La Isabela —en el mismo litoral e isla— el título de ciudad primada del Nuevo Mundo. Los avatares de esta temprana urbe, dominada por los hermanos Colón, son abordados por la Dra. Consuelo Varela en el capítulo titulado «La Isabela, la primera ciudad europea en el Nuevo Mundo». Un dato interesante que remarca la autora al iniciar su trabajo es la diferencia de noticias y juicios de los primeros cronistas que la describieron: Pedro Mártir de Anglería, Guillermo Coma, Las Casas y Michele de Cuneo. Disparidad de miradas que

---

3 García Gallo, 1987, 1005-1023.

4 Hardoy, 1974.



Consuelo Varela, sagaz colombinista, contrasta con otras fuentes documentales y con los resultados de diversas campañas arqueológicas. La autora describe el emplazamiento de La Isabela, las edificaciones, los problemas de gobernabilidad, la difícil convivencia y, finalmente, las razones que motivaron el desamparo de la ciudad en beneficio de Santo Domingo, situada en la costa sur de La Española. El abandono se realizó entre el 10 de marzo de 1496 y el 31 de agosto de 1498, convirtiéndose la ciudad primada —La Isabela— en refugio de descontentos y, posteriormente, en guarida de fantasmas.

Más al sur, ya en Tierra Firme, la ciudad-puerto de Panamá se convirtió desde su fundación en un centro estratégico en el comercio interoceánico y en la consolidación del imperio hispánico a orillas de la Mar del Sur. Fundada por Pedrarias Dávila en 1519 tras el abandono de otros asentamientos en la región: Santa María de Belén, de 1503; San Sebastián de Urabá, 1509; Santa María de la Antigua del Darién, en 1510; Acla, en 1516, y otros campamentos en la costa del Caribe —lo que demuestra las numerosas dificultades que tuvieron que superar los españoles para consolidar las fundaciones—, Panamá se convirtió en la madre de una tupida red de ciudades que se extendió hasta el Perú y Chile por el sur y hacia Nicaragua y Guatemala por el norte hasta topar con las huestes de los conquistadores de México. Construida según un modelo regular o hipodámico casi perfecto, Nuestra Señora de la Asunción de Panamá sufrió a lo largo de 154 años incendios, terremotos y ataques de piratas, como señala la historiadora Carmen Mena en su capítulo «Panamá: puerto y puerta de las Indias». El protagonizado por Henry Morgan en 1671, junto a otros factores medioambientales y de infraestructura, determinó al gobernador Antonio Fernández de Córdoba a trasladar la ciudad en 1673. La nueva ciudad, levantada en el cercano puerto de Perico, fue fortificada para evitar, en la medida de lo posible, nuevos ataques que colapsaran el tráfico comercial entre la Península y sus posesiones en Mar del Sur.

La ciudad de convirtió en un elemento fundamental de consolidación e irradiación de la presencia española en el Nuevo Mundo, en la metáfora de su poder y también de sus logros. Como señaló Francisco de Solano, el estudio de la historia urbana puede explicar la expansión española y sus limitaciones, sus éxitos y sus sombras, su mentalidad y los problemas de identidad que se resuelven con la Independencia.<sup>5</sup> Las ciudades reflejan la organización administrativa del imperio, así como las rutas comerciales, terrestres y marítimas, pero, además, es el elemento vertebral y de cohesión de la nueva sociedad, de los procesos de arraigo y mestizaje, y de desarrollo cultural y socioeconómico.

---

5 Solano, 1973-1974.

4. De Panamá partirían los fundadores de dos de las ciudades más importantes del virreinato peruano: Lima, erigida por Francisco Pizarro el 18 de enero de 1535 a orillas del río Rímac y del Mar del Sur, convertida en la capital virreinal, y la Villa Imperial de Potosí, levantada en las faldas de una montaña andina (Cerro Rico, en la actual Bolivia), que contenía el yacimiento argentífero más rico del orbe, por un grupo de españoles encabezados por Juan de Villarreal en 1545. A pesar de las diferencias geográficas, políticas y económicas, ambas ciudades albergaron a una población heterogénea, de procedencia diversa, que se mezcló dando lugar a un «intenso proceso de miscegenación biológica fruto de las relaciones sexuales entre aquellos hombres y mujeres», en palabras de Berta Ares, autora del capítulo «Lima colonial (1535-1635): crisol de gentes, ¿crisol de culturas?», donde sintetiza y reflexiona sobre un tema al que ya ha dedicado varios trabajos, siempre teniendo como meta el mestizaje: proceso que seguimos conociendo «todavía muy mal» a pesar de las numerosas investigaciones de las últimas décadas.

Por su parte, Consuelo Varela aborda los trabajos y los días de la orgullosa urbe argentífera en «La Villa Imperial de Potosí. La Babilonia Americana», enclave minero que consiguió dicho título en 1561 por capitulación extendida por el virrey Diego López de Zúñiga y Velasco, conde de Nieva. Su fama internacional estuvo en consonancia con las grandes riquezas que aportó a la Monarquía. Sus habitantes, orgullosos, levantaron grandes casas, ricos templos y exuberantes conventos, lo que no evitó ni la violencia que la desangraba —el episodio más conocido fue la guerra entre vascos y viciñas de 1623 a 1626— ni la multitud de pobres y vagos que recorrían sus escarpadas calles en busca de caridad. Con un cierto aire de *Far West* (Lewis Hanke), la Villa Imperial de Potosí fue una Babilonia de gentes que acudieron tras *la fiebre de la plata*, no faltando ni las prostitutas, los pícaros y jugadores, ni las curanderas y brujas. En una ciudad donde todo lo podía el dinero, sólo su escasez fue capaz de disminuir sus grandezas y de aumentar sus miserias: «Los potosinos cultivaron un mito y vivieron de él, llegando a confundir la realidad con la ficción».

Potosí, Lima y el resto de las ciudades americanas albergaron, en mayor o menor grado, procesos de criollismo y mestizaje que se desarrollaron a partir de la segunda mitad del siglo XVI. Estos procesos tuvieron gran impacto sobre los intelectuales, los discursos letrados, las representaciones y otras formas de expresión que fueron utilizadas por la élite urbana para el adoctrinamiento masivo de los vecinos mediante funciones y actos profanos y religiosos.<sup>6</sup> Conmemoraciones de todo tipo: entradas de virreyes, regocijos y lutos

6 Kagan, 1998.

por la lejana familia real, festejos de santos y beatos, la inauguración de un convento de monjas, acontecimientos extraordinarios, como la proclamación de la Limpia Concepción de María o la elevación a los altares de los primeros santos locales (san Felipe de Jesús, santa Rosa de Lima o san Martín de Porres) se convirtieron en oportunidades para expresar la lealtad hacia la Corona, las glorias de la propia ciudad y, en ocasiones privilegiadas, para cimentar la memoria mítica de la comunidad. Amalgamando mitos clásicos, imágenes bíblicas y elementos profanos, las elites criollas —en colaboración con letrados peninsulares— construyeron una «lectura exuberante de sus símbolos y ritmos» que sirvieron para ejemplarizar y disciplinar a los vecinos de las lejanas Indias. Sin frenos para una imaginación desbordada, México se convirtió en una nueva Jerusalén, Lima en *mater* generosa de ciudades y de riquezas, el Cuzco, Santiago de Chile o Caracas en ejemplos de excelencias y de glorias, y así sucesivamente nos encontramos con una cadena de memorias urbanas preñadas de imágenes y exageraciones. En 1733, en Ouro Preto, se celebró el traslado del Santísimo Sacramento entre la iglesia de Nuestra Señora del Rosario de los Pretos para la nueva iglesia matriz de Nuestra Señora del Pilar con una de las más célebres fiestas barrocas del Brasil. En pleno periodo de consolidación urbana de la sede de gobierno de las Minas Gerais, la *mirabilia* se transforma en fiesta, recreando un mundo con ornamentos riquísimos y figurantes vestidos de oro y plata.

Estos artificios literarios y artísticos no eran gratuitos, pues tenían su origen en el combate contra los juicios negativos lanzados contra el carácter y las aptitudes de los nacidos en América, de padres españoles o portugueses. En los debates realizados en el Consejo de India y en otras instituciones sobre la conveniencia o no de las encomiendas, van a aparecer algunos de los estereotipos de los criollos: la crueldad en el trato del indígena, la ostentación, el lujo desmedido, las fiestas y los banquetes, la vida ociosa, el consumo del patrimonio de sus padres, el desorden de vida y la tendencia a la autonomía. Al mismo tiempo, el criollo hereda las cualidades nefastas de los indígenas (débiles, ocultos, taimados), adquiridas por la influencia del clima, el terreno, las comidas y las nodrizas indias. Para Jorge Alberto Manrique, el criollo se aferró: «a ciertos modos de ser, costumbres, usos, actitudes que por reconocer ya como propios retuvo porque representaban algo sólido para él, pues su mayor preocupación era el sentirse en el aire. Para afianzarse, en fin, tuvo que sentirse orgulloso de la gente, de la tierra, de las obras».<sup>7</sup>

5. Los cinco últimos capítulos del libro están dedicado a las ideas y proyectos ilustrados para conocer, medir, ordenar y sanear la ciudad americana. Los ilustrados, devotos del reglamento y de la ordenanza, a las que

---

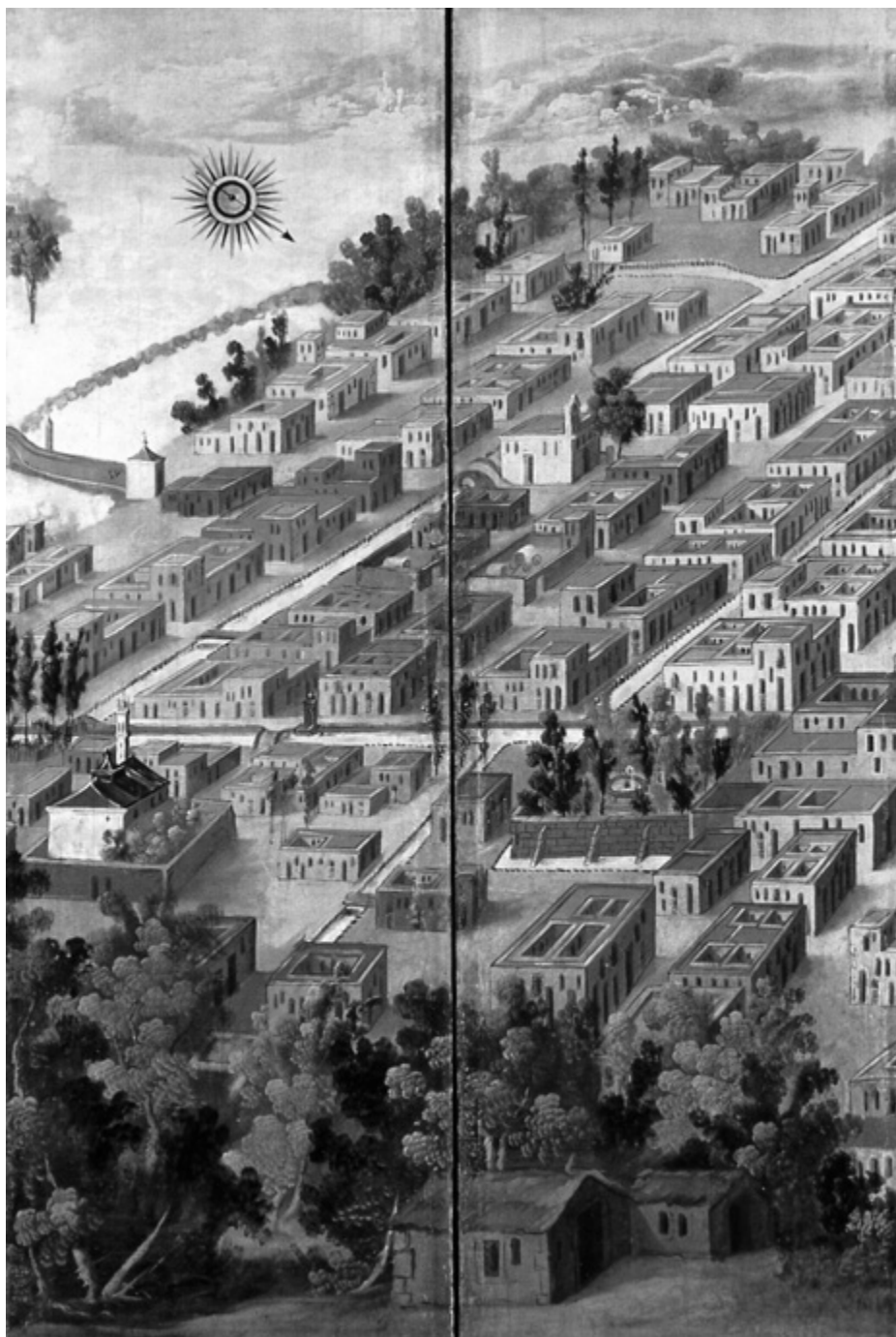
7 Manrique, 2000.

daban poderes taumaturgos para lograr la felicidad y la prosperidad de América, escribieron y publicaron cientos de memoriales y de disposiciones para mejorar las urbes del Nuevo Mundo, pensando que su única plasmación en papel podría ordenar el descuadrado mundo que les tocó vivir. Sin embargo, el Reformismo se mostró a la postre tan ecléctico en su génesis como irregular en su desarrollo, y eso, junto a los descarados asaltos a los tradicionales reductos del poder criollo (cabildos y audiencias), potenció los reclamos de justicia real que, a la postre, condujeron a la Independencia de los reinos y provincias indianas. En el camino, no se pueden olvidar los progresos en la ordenación de las ciudades, los avances en saneamiento, limpieza y alumbrado, y las nuevas divisiones en cuarteles y barrios, todo ello con el fin de mejorar la vida en las ciudades, pero, eso sí, una mejora dirigida y controlada por los funcionarios borbones que invaden el continente. Y con la meta de crear un imperio útil para la Corona, se fomentó la repoblación de las fronteras exteriores e interiores, impulsando la cartografía, el completo inventario de las riquezas e impulsando su incorporación a la economía-mundo.

Los dos capítulos dedicados a la ciudad de México se complementan. El primero, firmado por Salvador Bernabéu y María Justina Sarabia: «México virreinal: poder, control social e impacto ilustrado», recorre la historia de la ciudad de México desde su conquista hasta la llegada de los ministros ilustrados, deteniéndose en la magnificencia de la capital azteca y en la traza urbana levantada por los españoles tras su destrucción y saqueo.<sup>8</sup> Convertida en la gran capital del virreinato de la Nueva España, será la admiración de los viajeros y el orgullo de sus habitantes, siendo conocida por las famosas cinco CC: calles, calzadas, caballos, carrozas y canoas. La ciudad de México será un reto constante para sus gobernantes, a veces por desastres naturales, como el problema irresuelto del desagüe de los lagos sobre los que estaba asentada, en otras ocasiones por el problema de alimentar y controlar a la abigarrada población que llenaba sus edificios y calles y, por último, por las dificultades en aplicar las nuevas órdenes e instrucciones que traían de la Península los virreyes y funcionarios ilustrados. Si Bernabéu y Sarabia aportan un panorama general de los retos ilustrados: inspeccionar, registrar y limpiar (y de la mentalidad tradicional y supersticiosa que se le opone), Guadalupe de la Torre Villalpando se centra en el estudio de las sucesivas divisiones de la capital novohispana en cuarteles (1628, 1693, 1750 y 1782), destacando los objetivos, las continuidades y las novedades de estas parcelaciones en el capítulo titulado: «Orden público y demarcación del territorio de la Ciudad de México».

---

8 Mier y Terán, 2005.



Anónimo, *Vista de la ciudad de México* (fragmento), siglo XVII.

Como señala la investigadora mexicana, los cambios en el ordenamiento espacial llevaron aparejadas novedades en los funcionarios responsables de mantener la ciudad en orden y paz y en los sistemas de vigilancia. Además, las sucesivas divisiones fueron acompañadas de medidas de control de los vecinos y transeúntes como el levantamiento de padrones, el registro de huéspedes en los mesones o del cambio domiciliario de los forasteros, la creación de hospicios de pobres, el traslado de vagos para obligarlos a trabajar al servicio de la comunidad o en otras partes del virreinato y la inspección de lugares escandalosos, especialmente las pulquerías y los prostíbulos, etcétera. Con el tiempo, se tomaron nuevas medidas como el alumbrado de las calles, la limpieza y empedrado de las mismas, la regulación de la llegada de abastos (para impedir los motines) y se reglamentaron mejor las rondas nocturnas. Para ayudar a los nuevos guardianes de la ciudad se redujeron los espacios a vigilar y se perfeccionaron los planos de la ciudad de México, la que albergaba, a pesar del título de *la ciudad de los palacios* que le otorgó el célebre viajero alemán Alexander von Humboldt, muchos edificios en ruina, poco salubres y masificados.

En el capítulo «Instrumentos de control social y reordenamiento urbano en Santafé de Bogotá. Siglo XVIII», el historiador colombiano José Enrique Sánchez Bohórquez analiza las modificaciones y ajustes realizados por los funcionarios reales en la capital del virreinato del Nuevo Reino de Granada tras la intensa emigración desde los pueblos y provincias aledañas, lo que provocó un aceleramiento del crecimiento demográfico de consecuencias diversas: sociales, administrativas, políticas, de seguridad y de control. La pobreza y la miseria aumentaron de forma desconocidas hasta entonces en Santafé de Bogotá, desarrollándose un lumpen que disparó las alarmas entre los funcionarios ilustrados. Las medidas que se aplicaron fueron semejantes a las desarrolladas en la ciudad de México, pues el origen de las mismas era común: los informes, tratados y ordenanzas elaborados en la Península por políticos como Bernardo Ward, José del Campillo y Cosío y Pedro Rodríguez de Campomanes, entre otros, que remarcaron la necesidad de realizar una «segunda conquista» de los territorios ultramarinos mediante el desarrollo del sistema defensivo, la conversión en colonias de una metrópoli (España) y la creación de vecinos útiles y controlados mediante la división en cuarteles, el padrón, la matrícula y la constante vigilancia de calles, fondas, prostíbulos, etcétera.

6. Todos estos objetivos estarán especificados y reiterados en las ordenanzas de los intendentes, funcionarios de nuevo cuño con los que la Corona intentó limitar la autonomía de los criollos y mejorar la llegada de caudales a España. El propio dinamismo interno y las reformas borbónicas propiciaron el crecimiento de las ciudades hasta convertir a algunas en verdaderas metró-



polis, capaces de competir con la capital peninsular y muchas de las ciudades del resto del globo.<sup>9</sup> En porcentajes relativos, serán las ciudades conectadas con las rutas comerciales —como La Habana y Buenos Aires— las que más crezcan. Y junto a las mercancías, llegarán las ideas y las nuevas prácticas. Las ciudades se llenaron de academias, tertulias, sociedades de amigos, jardines botánicos, observatorios, laboratorios, cludes, etcétera, que ayudaron a preparar políticamente a los hombres que consumaron las independencias americanas tras la crisis de la monarquía de 1808.

En «La blancura del color quebrado. Curiosos y curanderos en la Caracas del orden ilustrado», la doctora Frédérique Langué se centra en el grupo de los pardos que ejercían la medicina en la Caracas del setecientos, destacando los rechazos y prohibiciones para que no ejerciesen su actividad. Estas actitudes negativas nos desvelan, en último término, los rígidos códigos que ordenaban los comportamientos de los hombres y mujeres de la sociedad colonial. Amenazas de varios tipos acompañan a las sospechas sobre los vecinos de origen africano o quebrado, intensificando las medidas para que los pardos con buena formación o recursos no puedan acceder a las altas esferas intelectuales y políticas. La actitud negativa del cabildo caraqueño, dominado por los mantuanos, y de las autoridades universitarias para admitir a los pardos —incumpliendo reiteradamente las órdenes reales—, ejemplifican este rechazo de los «de color quebrado». El estudio de varios casos concretos por la Dra. Langué permite acercarnos a la hipocresía y entresijos de una sociedad llena de prejuicios, hasta el punto de «blanquear» el proceso independentista en detrimento de los pardos y negros.

Las mismas actitudes prohibitivas hacia pardos y mulatos son analizadas por los profesores brasileños Eduardo França Paiva y José Newton Coelho Meneses en su trabajo sobre la «Vila Rica de Ouro Preto en el siglo XVIII: Fronteras», donde hubo muchas restricciones e impedimentos que dificultaban la vida y la ascensión social de esos descendientes de negros esclavos y libertos, pero también hubo, en paralelo, muchas formas de burlar esas intransigencias. Ouro Preto, una de las poblaciones más ricas del Brasil del setecientos gracias a las riquezas de sus minas de oro y brillantes, se convirtió en una sociedad de gran dinamismo y oportunidades que acogió a hombres y mujeres venidos de numerosas partes del mundo: comerciantes, religiosos, militares, administradores, esclavos de muchos orígenes, libertos en gran número, aventureros en general, prostitutas, hombres letrados y de ciencias, familias de molde tradicional y las de organización «matrifocal» (la madre como centro de la organización). En esta sociedad febril, los autores estudian cómo vivían esas personas en Vila Rica, cómo se distinguían entre sí,

---

9 Morse, 1990, 15-48.

cómo se describían y se representaban (diferenciándose o acercándose cuando era conveniente hacerlo) y también cómo circulaban entre las áreas demarcadas y se mezclaban biológicamente y culturalmente.

7. Finalmente, el libro se cierra con el trabajo del profesor Emilio José Luque Azcona: «Montevideo como centro de dominio y control territorial (1750-1800)», magnífico epílogo pues en él se reúnen buena parte de los temas recogidos en el resto de los capítulos compilados en este volumen. En primer lugar, San Felipe y Santiago de Montevideo, fundado en 1726, es un exponente notable de la segunda gran centuria fundacional en el Nuevo Mundo: el setecientos, bajo la mandato de la dinastía de los Borbones. Su consolidación responde a otro de los objetivos privilegiados por los ilustrados: la defensa de las fronteras y la reactivación del comercio, como sangre vivificadora del imperio, la lucha contra el contrabando y su potenciación como enclave marítimo en el Atlántico Sur, agregándosele en 1776 un apostadero naval.

En resumen, Montevideo fue concebida con carácter de comandancia militar, puerto defensor del Río de la Plata y de Buenos Aires y ámbito de población civil. Pero también Montevideo contribuyó a la creación de estancias por los nuevos pobladores, de latifundios y de nuevas fundaciones como San Fernando de Maldonado (1750), que sirvieron para la consolidación de la presencia hispana en la Banda Oriental. En cuanto a su población fue muy heterogénea, desde emigrantes de la Península y de regiones colindantes, como Tucumán o Santiago del Estero, a indios de las misiones jesuitas y negros, que llegaron a formar el 20 por ciento del total de la población tras convertirse Montevideo en un puerto esclavista. Esta diversidad y lo reciente de su creación convirtieron Montevideo en un lugar fronterizo: de oportunidades, con gran movilidad social y económica, aunque pronto surgió un importante grupo de ricos estancieros que, junto a los comerciantes, conformaron la elite de la ciudad. Sin embargo, no podemos olvidar el carácter geoestratégico de la ciudad, por lo que tuvo hasta el final del imperio una importante impronta militar y naval, con presencia de numerosos soldados, marinos, artesanos, constructores, etcétera, que obligó a las autoridades civiles y militares a redoblar los esfuerzos policiales debido a las numerosas reyertas que se sucedían en la ciudad.

El ámbito iberoamericano, espacio donde se pusieron en práctica sucesivas teorías y métodos de control y gobierno, contó desde los albores de la colonización con la ciudad como pilar esencial en el proceso de dominación del Nuevo Mundo. Los reyes españoles quisieron crear en las Américas un imperio de ciudades, característica que otorgó un sello peculiar a la colonización hispana. En palabras de John Elliott: «Las villas y ciudades, en efecto,

iban a convertirse en la base del dominio español en América». <sup>10</sup> La institución urbana, lugar de encuentros, oportunidades, conflictos y fronteras, encarnó a lo largo de los casi cuatro siglos de presencia hispánica los ideales y aspiraciones de cuantos las moraron. La urbe latinoamericana proclamó, mejor que cualquier entidad, la realidad y complejidad del dominio hispano-luso sobre un mundo foráneo. La aspiración de estabilidad y sujeción de la población, la creación de una nueva sociedad y la representación de los intereses y pretensiones coloniales, fraguaron un modo de ser y existir durante el período hispano que, hasta hoy, ha venido influyendo en el cotidiano vivir de la ciudad latinoamericana.

## BIBLIOGRAFÍA

- Céspedes del Castillo, Guillermo (1988), «Raíces peninsulares y asentamientos indios: los hombres de las fronteras», en F. Solano (coord.), *Proceso histórico al conquistador*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, 37-50.
- Elliott, John H., *Imperios del mundo atlántico. España y Gran Bretaña en América, 1492-1830*, Madrid, Taurus, 2006.
- García Gallo, Alfonso, «De la ciudad castellana a la indiana», en *Los orígenes españoles de las instituciones americanas. Estudios de derecho indiano*, Madrid, Academia de Jurisprudencia y Legislación, 1987, 1005-1023.
- Hardoy, Jorge E., *El proceso de urbanización en América Latina*, La Habana, Oficina Regional de Cultura para América Latina y el Caribe, 1974.
- Kagan, Richard L., *Imágenes urbanas del mundo hispánico, 1493-1780*, Madrid, Iberdrola, 1988.
- Lucena Giraldo, Manuel, *A los cuatro vientos. Las ciudades de la América Hispánica*, Madrid, Marcial Pons-Fundación Carolina, 2005.
- Manrique, Jorge Alberto, «Del barroco a la Ilustración», *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 2000, 431-488.
- Mier y Terán Rocha, Lucía, *La primera traza de la Ciudad de México, 1521-1535*, 2 tomos, México, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Morse, Richard M., «El desarrollo urbano de la hispanoamérica colonial», en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina. 3. América Latina colonial: economía*, Barcelona, Crítica, 1990, 15-48.
- Solano, Francisco de, «El proceso urbano iberoamericano desde sus orígenes hasta los principios del siglo XIX. Estudio bibliográfico», en *Revista de Indias*, 137-138, 1973-1974, 727-880.

---

<sup>10</sup> Elliott, 2006, 76.



En e libro que ahora presentamos se resalta el papel de España como intermediaria cultural entre distintos mundos y culturas. Los autores, especialistas de España, Francia, Argentina, Brasil y los Estados Unidos, sitúan las ciudades fronterizas en el centro del debate y la reflexión, abordando sus herencias e innovaciones, convencidos de que España protagonizó la mayor colonización urbana de un pueblo europeo en el mundo. Se analizan las ciudades americanas, multiculturales y plurilingües, desde una perspectiva amplia, y no sólo en el tiempo, ya que las urbes de la frontera americana fueron escenarios privilegiados de constantes retos y encuentros, con sus luces y sus sombras. Además, las investigaciones editadas en estos volúmenes ayudarán a abordar con mayor lucidez los problemas de nuestras actuales metrópolis, pues los fenómenos de globalización y de encuentro de culturas y religiones ya se plantearon con toda su complejidad y matices en las ciudades americanas de la Monarquía Católica. Sin duda, la atención hacia los procesos de mestizaje, la construcción de identidades y la acción de los *passeurs culturels* o mediadores culturales han permitido abordar tanto «las ciudades de la frontera» como «las fronteras de las ciudades» en busca de los intercambios, las resistencias y el papel de los actores históricos en la configuración de los mundos que heredaron, habitaron e imaginaron.

